

Terminología cazorra: El pijiritati

María Barbero*

A los oculistas españoles siempre les he tenido un respeto rayano en la reverencia. Y no porque dominen en mayor o menor medida los entresijos de su profesión, sino por pura admiración lingüística: tengo para mí que un oftalmólogo es uno de los pocos especialistas capaces de banalizar tanto la jerga médica que, por mera simplificación pedestre, consigue elevarla a unos niveles de sutileza, pureza y abstrusión tales que el resultado es una jerigonza tan ininteligible, concisa y apabullante como los escritos conceptistas de Gracián.

Empecé joven con mi introducción al esoterismo oftalmológico. En mi niñez (bendita época en la que las mamás no dejaban solos a los niños en casa delante de la tele y había que acompañar en comandita al hermano burriciego al médico) fui testigo de la sorprendente declaración inicial del primer oculista de la Seguridad Social en cuya consulta aterrizó nuestra unidad familiar, encabezada por mi temerosa y reverente madre. Después de hacer que mi hermano mayor se sentara ante un cartelón lleno de letras, de las cuales no pudo reconocer ninguna hasta que no le pusieron sobre la nariz un aparato cuasi ortopédico parecido al que varios decenios después le colocarían a Schwarzenegger en *El sexto día* para clonarlo, el oculista de guardia empezó a escribir guarismos en un papel con membrete y acabó volviéndose a mi madre y pronunciando la dolorosa sentencia: «Su hijo es que necesita gafas para ver».

Aquello de las *gafas para ver* me abrió la mente a una nueva dimensión de la estilística, y la expresión (lingüísticamente obsesivos que somos algunos) me martilleó el cerebro toda la tarde. Recuerdo la duda lingüística que me atenazaba aquella noche al irme a la cama, y la cara de impaciencia de mi madre, conmovida hasta el tuétano por la miopía de su primogénito, cuando le pregunté si «gafas para ver» no era un pleonasma, un retruécano o una figura literaria del mismo corte que aquella otra (también oftalmológica, por cierto) de «de los sus ojos tan fuertemente llorando».

- Quiere decir que son gafas para ver, no para leer.
- ¿Entonces para leer no las necesita?
- Claro que las necesita. Las necesita para todo.
- ¿Entonces por qué no ha dicho el oculista sólo que Antonio necesita gafas?
- Porque así es como hablan los médicos.

Durante los años inmediatamente posteriores tuve la oportunidad de familiarizarme con otros términos con que los oftalmólogos nos regalan a los profanos. Aunque las *gafas para cerca* de mi hermana y mi *ojo vago* me hicieron pensar que el lenguaje puramente oftalmológico era burdo y grosero, al comenzar la época de las lentillas empecé a barruntar que en realidad existía una jerga superior, un lenguaje

para iniciados que los médicos de la vista, efectivamente, no querían compartir con el pueblo llano. El día que, con gran valentía, me atreví a pronunciar «lentes de contacto hidrófilas» ante un oculista, que ignoró mi apunte y me replicó que no me recomendaba las lentillas blandas, comprendí que me había atrevido a usar un latín que sólo estaba reservado a los eclesiásticos.

Con todo, salí pronto de mi patria y el destino me tuvo circulando por países en los que olvidé el asunto, puesto que, curiosamente, las palabras empleadas por el gremio oftalmológico germánico para apabullar eran tan elevadas y latinas que un neófito hispanohablante no tenía demasiadas dificultades para entenderlas.

Llegué a pensar, eso sí, que conceptos como «Anisometropie» o «Amblyopie» habían sido inventados por los alemanes, porque en mis quince años de *ojo vago* y *tú es que por un ojo ves peor que por el otro* jamás había oído nada parecido en español.

No había vuelto a tener experiencias oftalmológicas en España hasta que un día de gracia del año 2003 decidí someterme a una operación de corrección visual usando la técnica Lasik. Bendito el día, que fue un auténtico curso de inmersión en terminología oftalmológica y médica simplificada para legos.

Tras el reconocimiento y los papeleos de días previos llegué a la clínica con la intención de librarme de una vez por todas de mis muchas dioptrías y de las lentes de contacto (altamente hidrófilas, pese a los consejos de los oculistas) que me acompañaban desde hacía muchos años. Los días anteriores, de la mano de mi compulsiva obsesión profesional por recoger palabras técnicas, había intentado extraer de los médicos y las auxiliares algunas briznas de terminología útil, pero ellas (las auxiliares) se habían resistido con uñas y dientes metafóricos a ir más allá del *sentirá un soplo de aire, pero no se asuste* (sic), del *esta prueba es para ver cómo está el ojo por dentro* (más sic) o del *con esto medimos el grosor del ojo* (también sic) como sorprendidas respuestas a mis, al parecer, impertinentes preguntas sobre la finalidad de los exámenes.

Ellos (los médicos) acompañaron con sonrisas displicentes sus réplicas a mis cuestiones sobre el proceso y la técnica de la operación. Conseguí que pronunciaran la palabra «incisión», pero no dejaron de repetirme todo el tiempo que la intervención era muy simple, muy breve e indolora, como si pensaran que yo buscaba tranquilidad. Cuando les dije que lo que buscaba era terminología, me miraron incrédulamente.

Llegado el momento de la operación, tuve la mala suerte de que me pasara de todo, pero ni aun ahí conseguí horadar

* Traductora de alemán. Valls (Tarragona, España). Dirección para correspondencia: belarmino@emepunto.com.

la capa de mutismo terminológico de mis interlocutores. El médico se refirió al desmayo que sufrí en medio de la intervención como a *un ataque*, y sólo mi insistencia al respecto lo animó a colocarle el atributo «epiléptico». Ante mi cara de asombro, procedió a quitarle importancia, y el Señor me castigó el gesto de sorpresa, porque me quedé sin terminología por siempre jamás: las convulsiones, la tensión arterial de 60/40 y las 30 pulsaciones por minuto se convirtieron en *un mareo*, los problemas con el colgajo quedaron reducidos a *una lentilla que se ha movido*, e incluso al llegar la fofobia extrema y las complicaciones posteriores me castigaron con *se le han secado los ojos*, con tal de no emplear terminología médica ante mis profanas orejas. Durante la correspondiente consulta, ante la obvia dificultad del médico para explicarme que tenía heridas en las córneas, le pregunté si se refería a una queratoconjuntivitis seca. Se sorprendió.

— Pues sí, así lo llamamos.

Seguí preguntando, aprovechando que lo había pillado con la guardia baja:

— ¿Y fue un síncope vasovagal lo que me dio durante la intervención?

Sonrió y me di cuenta instantáneamente de que no me iba a dejar meterme hasta ese punto en su dialecto.

— Así es como hablamos los médicos. Pero no le dé mayor importancia. Simplemente, digamos que le dio un mareo.

Un par de días después hablaba yo con mi hermana (felizmente intervenida con Lasik hace cinco años).

— ¿Y qué es lo que te pasó cuando te operaste?

— Un sínco... Bueno, un... Esto... Me dio un pijiritati.

— Ah, ya.

Me entendió perfectamente, y en ese momento me di cuenta de que yo había alcanzado, sin proponérmelo, el mismo nivel de perogrullismo terminológico que mis oculistas. Sin necesidad de refinamientos de vocabulario, sin concisión médica y sin latinajos.

Aún estoy rumiando la experiencia léxica. Tantos años de recopilación terminológica compulsiva para llegar a esto: sin decir nada, lo expliqué todo. He empezado a pensar que a ver si van a tener razón los médicos con lo del tabú terminológico. Aparte de que se siente uno muy listo pensando que guarda la baza de un palabro raro en el bolsillo, igual es cierto que la terminología sólo nos hace tilín a unos pocos y probablemente casi todo el mundo sea más feliz pensando que necesita *gafas para ver* que sabiendo que sufre de cualquier defecto visual de nombre estrafalario que hay que buscar en la enciclopedia o en el Google.

